

otras poblaciones pidiendo quedara adoptada la monarquía, fueron leídas en la sesión del mismo día 10, antes de dar cuenta con el dictamen de la comisión; á esta también le fué acordado un voto de gracias, á mocion del General Woll.

El Ayuntamiento de Puebla, que dirigió la exposición á la Asamblea de Notables pidiendo la adopción del sistema monárquico, se constituyó en el más ardiente partidario de todo lo que venía estableciendo la Intervención. En aquella ciudad fué celebrada con grandes fiestas la instalación de la Asamblea de Notables. Entonces el general Forey resolvía que entre México y Veracruz se establecieran convoyes del comercio, con escoltas francesas; los comerciantes debían dar á conocer con anticipación el número de trasportes que emplearían y presentar estos permisos en Córdoba y Orizaba, para que los visaran los comandantes militares. Las autoridades de Cholula y Puebla dirijieron al Ministro de Francia un voto de gracias por la capacidad y celo que mostró en las asuntos relativos á México, y le fué presentado por una comisión especial.

La Asamblea en masa pasó el día 13 á poner en manos de los triunviros en el salón de embajadores, el acta de las resoluciones aprobadas; hubo los discursos de costumbre y al contestar Almonte se congratuló de que hubiese sido aceptado el pensamiento de la monarquía por doscientos treinta y un vocales presentes, y porque el monarca electo hubiera sido el Archiduque Maximiliano; dijo que el pensamiento acerca de la monarquía estaba domiciliado hacia muchos años en las inteligencias superiores de nuestro país, y que la paz se iba á establecer bajo la protección del Emperador y la Emperatriz franceses.

Cuando el 10 de Julio (1863) quedó proclamado en México el Imperio y Maximiliano Emperador, todavía continuaba la guerra de los Estados Unidos causando sus estragos; esta potencia no podía ocuparse con el correspondiente interés de lo que pasaba en México, y debido á las atenciones de una guerra formidable el Presidente se informaba solamente, á veces, de la situación de México. Pero si no había por aquel lado un peligro próximo, ya en los mismos admiradores y partidarios de la Intervención comenzaba á notarse marcadísimo enfriamiento y aun aversión al ejército francés; al lado de la cuestión religiosa que predispuso los ánimos, los alojamientos militares, prohibidos por las leyes y costumbres mexicanas, eran decretados por Forey de una manera indefinida y bajo condiciones onerosas, estableciendo pensiones sobre la propiedad urbana, para sufragar las rentas que pagaban los jefes y oficiales, sin que presidiera la economía en la administración de este fondo; el espíritu de altivez y menoscipio para los mexicanos, resaltaba en las expediciones militares, pues vejaban y oprimían no solamente á liberales pacíficos, sino aun á los conservadores é imperialistas más apegados á la Intervención y al Imperio.

Antes de la declaración de la Asamblea, algunas poblaciones ocupadas por el ejército francés se pronunciaron en favor de la Monarquía, aclamada también en la instalación del Poder Ejecutivo y en los brándis la noche del gran baile dado por la oficialidad francesa, en el que, según se expresó la «Estafette», el rey fué consagrado por labios seductores, ungido con champaña y coronado de flores. Los perió-

dicos intervencionistas sostenían el tema favorable á esa institución y los franceses lo exageraron consagrando á la República oraciones fúnebres y frases de execración. La «Estafette» dijo: «el que ponga fuego á tantas tristes Repúblicas que brotan del Río Bravo al Cabo de Hornos, no habrá hecho más que despejar la tierra.» No gritamos: ¡al incendiario! cuando vemos al anochecer, en la estación de la labor, al campesino quemar las yerbas inútiles y los abrojos de su heredad, sin que el paisaje deje de ser menos pintoresco, ni mejor la cosecha. ¿Qué es lo que puede inspirarnos lástima? ¿Serían acaso los reptiles y orugas que se retuercen bajo la ceniza? No tenemos, pues, un solo sentimiento de pesar para esta República que desaparece.» Este lenguaje de la prensa oficial francesa no era por cierto el más propio para la conciliación que buscaba Forey.

Mientras que se proclamaba el Imperio y el Emperador en las principales poblaciones del territorio mexicano, en tanto que el ejército francés, auxiliado por una parte del mexicano empujaba para las montañas y los desiertos á las huestes que reconocían la presidencia de Juárez, en México gobernaba una regencia que habría de durar hasta que el príncipe electo aceptara y viniera á ocupar el trono. La Regencia organizó el nuevo gobierno empleando á las personas adictas á la monarquía y procuró que las poblaciones, cualquiera que fuese su categoría, dieran al Imperio un sufragio que fué representado por millones de votos en más de seiscientas poblaciones, con lo cual se consideró dado el paso principal en la empresa del gobierno francés, y levantado ya un gobierno nuevo que reuniría todos los elementos de estabilidad y que ofrecería seguridades completas á las demás naciones.

La influencia del ministro de Francia M. Dubois de Saligny sobre el comandante en jefe, fué muy notable en el establecimiento del nuevo régimen y en la marcha política de la Regencia; Saligny fijó á la prensa de México, de acuerdo con Forey, las reglas para la conducta que debía seguir; hizo que abundasen las actas autógrafas enviadas á Miramar y dió á la intervención el impulso que tomó bajo el aparente gobierno de la Regencia.

Siguió á la declaración de la Asamblea una proclama de Forey á los disidentes civiles y militares; en ella declaraba que habían quedado fijados los destinos de la nación mexicana por el sufragio de los ciudadanos más honorables; repetía que no estaba en peligro la independencia á causa de la Intervención, pues bastaba que ésta fuera traída por la Francia; prometió arrojar un velo sobre las opiniones políticas y propuso un abrazo fraternal, advirtiendo que este llamamiento era el último que hacía. Otra proclama expidió el prefecto político García Aguirre; en ella aseguraba que la monarquía había sido decretada por el Altísimo. También se dirigió á sus representantes, el Ayuntamiento de la capital, ensalzando la determinación de la Asamblea de Notables.

Apenas aprobada la monarquía y la candidatura del monarca, apareció la división entre los intervencionistas; la «Estafette» puso la primera piedra en obra que tan graves resultados habría de producir; se declaró en favor de las leyes de Reforma y de una marcha enteramente liberal, resolviendo de plano las cuestiones que habían con-

movido hasta los cimientos de la sociedad mexicana y lo hizo en un sentido enteramente opuesto al parecer del partido que había llamado e impulsado la intervención de la Francia. En consecuencia, algunos sacerdotes, entre ellos D. J. M. de Jesús Pinzon, de Zamora, llamaban públicamente al ejército francés un conjunto de luteranos, calvinistas y mahometanos.

Mientras que tenían verificativo estos hechos llevados a cabo por los imperialistas, los republicanos no descansaban. Saliendo de Puebla el general Negrete, había instalado en Huachinango el gobierno civil y militar de los Estados de Puebla y Tlaxcala; formó una división compuesta de tres brigadas, con una buena dotación de artillería, y participó al Presidente Juárez que á los pocos días tendría á sus órdenes un considerable cuerpo de ejército cuyas operaciones podrían dar importantes resultados. Por su parte los franceses ocupaban á Pachuca y manifestaban intenciones de extenderse hasta Tulancingo. El gobernador del 2.º distrito del Estado de México, sacó de Pachuca las fuerzas y se dirigió para Alfajayucan é Ixmiquilpan. El 15 de Junio salió de México para esa ciudad la columna compuesta del regimiento 62, una sección de artillería, un batallón y cuatrocientos ginetes de las fuerzas de Márquez, con el doble objeto de evitar que minas tan ricas siguieran en poder de los juaristas y acercarse á las fuerzas que mandaba Negrete. El comandante de la expedición llevaba órdenes dirigidas á proteger la explotación de las minas desde Pachuca hasta Regla.

El hecho de que los principales personajes de la capital no hubieran mostrado mucha prisa en acudir al llamamiento de Forey, inspirándoles poca confianza las promesas de los franceses, fué un antecedente que no podía servir para alentar á comprometerse de una manera franca y resuelta en un asunto que había de llevar el anatema de los republicanos; sabíase perfectamente que el ejército francés había ocupado varias poblaciones, cuyos habitantes se habían comprometido á auxiliarlos después de recibir la promesa formal de que no serían abandonados y que se les dejaría la suficiente guarnición; pero que los comprometidos se habían encontrado solos al informarse de la breve partida de las columnas expedicionarias, cuya conducta había dado á los franceses un falso renombre. Por otra parte, la hacienda de los ricos, diseminada á grandes distancias de la capital, quedaba expuesta á ser destruída, pues el ejército francés no podía preservarla con eficacia. De aquí provino que hubiere numerosas abstenciones y que el partido imperialista se compusiera en su mayoría de personas que no poseían capital. La Junta de Notables votó y anunció el nacimiento del Imperio al tronar de los cañones, con solo haberse leído la notable disertación que concluía proclamando la monarquía y proponiendo ofrecer la corona al Archiduque Maximiliano, hecho que desdeñaba del sistema establecido en Francia, por el cual se tributaba homenaje al sufragio universal. Aquella memorable época permanecerá en los anales de la historia como un doloroso ejemplo de ultraje á la verdad, sin que esto signifique que una parte de la Asamblea, deseosa del reposo, de seguridad y garantías, no habría dirigido realmente sus miradas sobre un príncipe cuyas virtudes pudieran ser un gran estímulo; pero en la Asamblea no

se descubría mandato ni carácter suficiente, para que lo que ella resolviera fuese considerado como resolución de todo el país, y se faltaba en esta vez á la promesa hecha por el gobierno francés, de no imponer gobierno alguno á México. Las decisiones de la Junta no fueron suficientes para que Maximiliano, se creyera elegido por la Nación mexicana, y á pesar de la impaciencia del gobierno francés para establecer aquí un nuevo régimen, consideró que en la conducta de los notables había habido precipitación, y presentó Napoleón III sus consideraciones de tal manera, que Drouyn de Lhuys, sucesor de Thouvenel en la dirección de asuntos extranjeros, decía á Forey en 17 de Agosto de 1863: que no podía considerar los votos de la Asamblea de Notables, usino como primer indicio de las disposiciones del país, sino lo cual significaba una nueva labor para recoger los sufragios de las poblaciones del Interior de la República, no obstante que la resolución de la Asamblea había sido considerada como término de las operaciones militares; pero él reconocía que todo había marchado muy de prisa y á ello se atribuía la resistencia del futuro soberano que pedía un sufragio más extenso, basado en el espíritu público de la nación Mexicana. Se iba á continuar la política de aventuras y á desarrollar la tercera serie de costosos sacrificios, á despecho de las promesas hechas en la tribuna francesa y de las previsiones que manifestaron los opositores á la intervención, era necesario deslizarse en la pendiente en que se había colocado Napoleón, á no ser que se hubiera aceptado el tratar con Juárez y retirarse en condiciones de vencedor, á pesar de las repugnancias manifestadas por Mr. Rouher.

Napoleón no consideró como un voto decisivo el que dió la Asamblea de Notables y únicamente lo vió como una indicación, pues en una carta fechada el 12 de Setiembre, dice: «el precipitado nombramiento del Archiduque Maximiliano, ha tenido el gran defecto de no aparecer en Europa como la expresión legítima de los votos del país.» Ya desde el 30 de Julio, estando en Vihcy, manifestaba con entera franqueza al comandante en jefe su pensamiento, según se ve en la correspondencia confidencial que sostuvo Napoleón con el general Bazaine, algunas de cuyas cartas están publicadas en «El Ensueño de Imperio por M. Gaulot».

El voto de los Notables designados por Forey y Saligny, no fué considerado como la genuina expresión de la voz popular, ni por el mismo Maximiliano. Que hubo precipitación en lo que se hacía lo demuestra ese disgusto de Napoleón, que buscaba en todo lo que se resolviera respecto á la forma de gobierno aceptada, la base del sufragio universal expresado por medio de las municipalidades, según lo manifestó una parte de la prensa que servía de órgano á la política imperial.

Designado Maximiliano Emperador de México el 10 de Julio de 1863, calificó insuficiente este nombramiento para comprometerse á venir é imponer nuevas condiciones de legitimidad. Transcurridos algunos meses se le presentaron diversas actas que á su juicio y el de abogados de Europa, le daban derecho para poderse reputar nombrado por México, para ejercer la autoridad de Emperador, aunque siempre había creído Maximiliano que el poder real dimanaba más bien de derecho divino.

Los Notables no fueron en verdad, los únicos responsables del establecimiento de la monarquía, pues el Archiduque no creyó que el voto de una junta le revestía con derechos, exigió la ratificación de los departamentos y es sabido que las actas autógrafas de esa segunda elección fueron remitidas á Miramar y sujetas al examen de un cuerpo de jurisconsultos ingleses, preguntándoles si era ó no suficiente la elección, y que resolvieron en sentido favorable, lo que determinó á Maximiliano á aceptar el poder. Esta resolución tenía que estar mal fundada, pues el partido monárquico en México, antes de la intervención, era reducido, no creyéndose posible la realización de esa forma de gobierno por la grande influencia de los Estados- Unidos; había disminuido diariamente aquí el número de los monarquistas, hasta que por la tremenda revolución acaecida en la República vecina cambió la escena y se realizó el ensueño del apoyo de la Europa en favor de la monarquía mexicana: entonces ese partido que se había visto muy corto, se convirtió relativamente en numeroso, y fué creciendo de manera tan notable, que en carta dirigida al Presidente de la República por D. Manuel M. Zamacoña, el 16 de Junio de 1864, desde el Saltillo, atribuyó el cambio de opinión á la falta absoluta de garantías sociales, á los atropellos y desmanes de la fuerza armada y al rigor de la ley de 25 de Enero que llenó de estupor á las poblaciones. ¿En que está, decía el Sr. Zamacoña, que desde el abandono de México las poblaciones nos han recibido con buena voluntad y nos dejan salir con pocas muestras de sentimiento? ¿Qué sucedió en San Luis, qué está sucediendo en el Saltillo y en Monterey?

El partido intervencionista sostuvo que la Independencia de México podía conciliarse con la Intervención extranjera, hecho que se había verificado ya en muchas Naciones, aunque reconocía que pasabamos por un momento de crisis en que se corría el peligro inminente de perder el rango que México había alcanzado entre los pueblos soberanos; decíase que buscaba un gobierno con facultades omnímodas para hacer el bien y con las manos atadas para hacer el mal. Al cabo de medio siglo de agitaciones, mudanzas, ensayos y promesas de todos los elementos que constituyen una sociedad, estábamos inconstituidos y preguntábase qué suerte habían corrido la religión, la propiedad, la autoridad, la familia, en una palabra, los elementos vitales de un Estado.

Tanto en Puebla como en México, tenían verificativo procesiones civiles y religiosas en celebridad del cambio político: en la primera hubo el día 14 repiques y salvas de artillería, Te-Deum en catedral, diversiones populares en la plaza de armas y en la noche fuegos artificiales; en México se verificó en la colegiata de Guadalupe una función religiosa, en la que predicó el doctor D. Francisco Javier Miranda. Las actas de adhesión de las poblaciones que iban ocupando los franceses, llenaron las columnas de los periódicos intervencionistas.

Al recibir el general Forey á los miembros de la Junta de Gobierno, dijo, entre otras cosas, que lo avanzado de la estación de lluvias retardaría la campaña formal del interior, pero que se proponía limpiar de malhechores las poblaciones y caminos en un radio de veinte leguas de la capital. Aun llegaba á Veracruz un tren



*D. Francisco de Arrangoiz y Berzabal.*

Enviado extraordinario y representante del Imperio de Maximiliano en Inglaterra el año de 1865. Fue llamado á Miramar por Maximiliano, cuando se preparaba la aceptación oficial del nuevo trono que iba á levantarse en México, aplazada hasta que se supiera la ocupación de Guanajuato, San Luis, Morelia y Zacatecas por las fuerzas francesas. El Sr. Arrangoiz había sido agente en la venta del territorio de la Mesilla á los norte-americanos y se asignó por comisión sesenta mil pesos, suma que calificó de gota de agua en el Océano del erario. Después trabajó por tener participio en los empréstitos del Imperio de Maximiliano. Cuando cayó éste, escribió el Sr. Arrangoiz un folleto titulado: "La caída del Imperio de Maximiliano." "Quién tuvo la culpa de la caída."